

TEMPORALIDADES DE LA EXPERIENCIA: LAS BIOGRAFÍAS Y SUS ACONTECIMIENTOS¹

Temporalities of experience: the biographies and events

Michèle Leclerc-Olive

Michèle Leclerc-Olive

Matemática (1973) y Socióloga (1993) defendió sus tesis en la Universidad de Lille. Pertenece ahora al Instituto Interdisciplinario de Investigación sobre los Asuntos Sociales (IRIS) de la EHESS (Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales) en París. Sus ejes de trabajo son actualmente: el tiempo, lo aleatorio y las biografías; las experiencias migratorias; el espacio público. Es responsable de ARTESS (Taller de Investigación y Traducción en Ciencias Sociales) y de la Red Internacional de Investigación sobre las Prácticas Políticas Locales (PPL). Publicó recientemente, *Sphère publique religieuse: enquête sur quelques voisinages conceptuels, Enquêtes biographiques entre bifurcations et événements. Quelques réflexions épistémologiques, Des événements en souffrance: de Mead à Benjamin.*

E-mail: Hmleclerc@ehess.fr

Resumen

Este artículo presenta la síntesis de varias investigaciones realizadas por la autora desde el principio de los noventa y referidas a acontecimientos biográficos. La tesis principal resultante de estos trabajos - tanto teóricos como empíricos - puede resumirse en la siguiente hipótesis: algunos acontecimientos biográficos que marcan la vida no se inscriben *en* el tiempo; al contrario, cuando estos acontecimientos se entraman, forman un calendario privado, discreto, que permite, a la vez, ordenar los recuerdos y pensar un tiempo continuo, gracias a una especie de interpolación.

Después de haber establecido una clasificación que distingue, a partir de la propia historicidad del acontecimiento: *recuerdo, giro de la existencia y catástrofe*, se examina la tesis de P. Ricœur sobre la memoria, que presupone un tiempo vacío, que acoge cualquier acontecimiento. Las biografías recogidas muestran, por el contrario, que son aquellos acontecimientos que marcaron la vida, los que, una vez entramados, forman un tiempo estructurado que permite orientarse y proyectarse en el futuro.

La autora ilustra su tesis con algunos casos obtenidos de obras publicadas, aunque sus análisis se apoyan, sobre todo, en las entrevistas que realizó según la metodología particular descrita en el artículo.

Palabras claves: Biografía, Acontecimiento, Tiempo, Narración, Ricœur.

¹ Algunas partes de este artículo fueron traducidas por Paula Sombra. Mercè Monjé ha traducido las otras y revisado lo todo.

Abstract:

This paper presents the synthesis of several investigations made by the author, from the beginning of the 90's, concerning biographical events. The main thesis resulting from this research- both theoretical and empirical – can be summarized as follows: some biographical events which have shifted the life are not registered “in” time. On the contrary, when these events are uttered as narrative, they make a private and discreet timetable that allows at once to order memories and to conceive a continuous time, thanks to a kind of interpolation.

From the own historicity, the events can be classified according to three categories: memories, turning points, catastrophes. Then the author discusses the P. Ricœur's thesis on memory, implying an empty time that receives all events. Instead, the collected biographies show that the events which shifted the life, once being uttered as a narrative, are those which shape a structured time, allowing to project and find one's way in the future.

The author illustrates her thesis with examples taken out of published books, but her analysis is supported by interviews carried out according to the methodology described in this paper.

Key words: *Biography, Event, Time, Narrative, Ricœur.*

A modo de introducción

Este artículo presenta la síntesis de varias investigaciones realizadas por la autora, llevadas a cabo desde el principio de los noventa, referidas a acontecimientos biográficos (M. Leclerc-Olive, 1995a, 1995b, 1997a, 1997b, 1998, 1999, 2000, 2003, 2008). La tesis principal resultante de estos trabajos - tanto teóricos como empíricos- puede resumirse en la siguiente hipótesis: algunos acontecimientos biográficos que marcan la vida no se inscriben “en” el tiempo; al contrario, cuando estos acontecimientos se entraman², forman un calendario privado, discreto, que permite, a la vez, ordenar los recuerdos y pensar un tiempo continuo gracias a una especie de interpolación. Previamente, se esbozará una especie de clasificación intentando, a partir de su propia historicidad, distinguir: “recuerdo”, “giro de la existencia³” y “catástrofe”.

Antes de defender esta tesis, es preciso recordar el contexto científico y las ideas directrices que han conducido al desarrollo de estas investigaciones. Sobre todo,

² Se traduce así la expresión francesa “mise en intrigue” (Ricœur, 1995).

³ A menudo en francés se utiliza la palabra “bifurcación” para designar estos acontecimientos; en inglés se utiliza “turning points” (Hughes, 1984).

debemos recordar las grandes esperanzas que la sociología alimentaba frente a los “relatos de vida” a finales de los años ochenta en Francia, cuando esta expresión fue introducida para sustituir la noción de “historia de vida”. Con ello se quería destacar la distinción entre la historia vivida por una persona, y el relato personal sobre esa historia (Bertaux, 2005). Esta distinción está basada en la “dualización” vida/retrato que el acontecimiento biográfico contradice. De hecho, un acontecimiento se convierte en biográficamente significativo⁴, por el hecho de obligar a reelaborar un relato de la vida: de esta forma, el acontecimiento es objeto y detonante del relato. Al comienzo de una posible revisión de la experiencia, el acontecimiento puede resultar traumático al punto de perturbar la relación con el presente cotidiano, llegando incluso a impedir la formación misma del relato (Davoine y Gaudillière, 2006). De esta manera, al estudiar los acontecimientos biográficos, no se puede olvidar el “giro performativo” que desde los años sesenta, ha revolucionado primero la lingüística, y posteriormente otros campos importantes de las ciencias sociales (Denis, 2006).

Además, cabe subrayar que resulta realmente difícil describir el desarrollo de una vida sin considerar los giros existenciales. Por el contrario, para *restituir* un acontecimiento significativo, uno acaba por insertarlo, mayormente, dentro la globalidad de la biografía⁵: la noción del “armazón narrativo de las biografías” resume esta doble observación.

El desafío que plantea un acontecimiento significativo, que es a la vez objeto y detonante del relato, se encuentra en el centro de la estructuración del tiempo, haciendo de la experiencia biográfica una experiencia fundamental, irreductible en otra.

De este modo, se confirma la tesis de P. Ricœur según la cual la configuración narrativa de la experiencia humana constituye una réplica pragmática al carácter aporético de toda filosofía del tiempo (Ricœur, 1995). Tres figuras del tiempo biográfico aseguran la dinámica procesual de esta experiencia: la *indexicalidad* discontinua (o sea

⁴ Se podría escribir también “destacable”; la palabra más adecuada sería el adjetivo inglés “significant” que quiere decir a la vez importante y significativo.

⁵ A. Strauss distingue tres dimensiones en el concepto de “biografía”: el tiempo biográfico, las concepciones de uno mismo y el cuerpo, lugar donde se articulan las otras dos dimensiones. Eso no significa evidentemente que uno pueda aislar cada una de estas tres dimensiones, sino que según la dimensión a la cual uno presta mayor atención, las otras dimensiones forman un telón de fondo sobre el cual se destaca el objeto de nuestra mirada. En este artículo, es la dimensión del tiempo biográfico el que llamará nuestra atención (Strauss, 1992).

la estabilidad del relato “hasta nueva orden”), el trayecto semántico del acontecimiento y, finalmente, el tiempo discreto de un calendario determinado por la propia *intriga* del relato.

La constitución de la experiencia biográfica reposa en procesos intersubjetivos, a veces contingentes. Es por ello que las tesis presentadas aquí se organizarán alrededor de materiales biográficos a cuya producción la autora no ha contribuido, a fin de anticipar cualquier objeción de circularidad argumentativa. De todas formas, en la medida en que es nuestro objetivo contribuir a reforzar la legitimidad⁶ de investigaciones biográficas en sociología, se empezará por considerar los aspectos metodológicos.

I. Estabilidad de los relatos biográficos... “hasta nueva orden”

Los materiales biográficos tienen la reputación de ser particularmente inestables, muy dependientes de las condiciones en las cuales son enunciados, y especialmente en relación con el investigador. Se les reprocha también el ser difícilmente interpretables a causa de la inflación de detalles en la que suelen incurrir. Estos dos argumentos, que desalientan a los investigadores, parecen estar interconectados. Desde esta suposición, intentaremos no refutar pero sí limitar su pertinencia. Nuestra intención es demostrar que los relatos biográficos presentan, en realidad, una cierta estabilidad, y que además es posible aislar, en el conjunto de los “detalles” biográficos, aquellos acontecimientos que no son en realidad detalles insignificantes sino acontecimientos importantes que confieren estabilidad al relato.

En efecto, generalmente se puede distinguir entre los “pequeños acontecimientos” - cuya narración no es indispensable para la comprensión de la trayectoria biográfica en su conjunto- y los “acontecimientos significativos”, cuya omisión convertiría la historia, en cierta manera, en enigmática. Son los “grandes acontecimientos” los que constituyen el armazón narrativo de los relatos que aquí se recogen, son los mismos que han

⁶ Forman un campo de investigación en sí mismo que no se subordina a ningún otro aunque por supuesto, se pueden integrar sus resultados a otros campos de investigación.

constituido momentos de bifurcación o de cambios importantes en la “manera de vivir y de relatar” su vida.

Según G. H. Mead, la reconstrucción del pasado se inicia a partir de acontecimiento presente, en un camino que supone la inauguración de nuevos pasados. Así, la plasticidad del pasado no proviene del libre juego del actor. Es la irrupción de un acontecimiento significativo lo que permite u obliga a una eventual reelaboración del pasado. Con esta afirmación, se señala que una biografía no está relatada de una vez y para siempre, aunque su maleabilidad es limitada. La constitución de la experiencia es un proceso discreto y no continuo. Si unos acontecimientos pueden modificar nuestra relación con el binomio pasado/futuro, igualmente definen períodos de estabilidad, y más exactamente de estabilidad provisoria, o según la expresión de Husserl, de “evidencia hasta nueva orden” (2007:150). La variabilidad de los relatos del pasado es, de hecho, una variabilidad limitada; se trata de un “indexicalidad discontinua”, discreta.

Al lado de esta variabilidad inducida por los acontecimientos biográficos significativos, una segunda fuente de incertidumbre otorga a la narración del pasado un carácter impreciso. A la incertidumbre acerca del “vuelco” al que acabamos de referirnos, hay que añadir la incertidumbre del “ajustamiento”. La investigación sobre los hechos del pasado, ella misma gobernada por las interrogaciones del presente, es de todos modos inalcanzable. Nuestros trabajos sobre los acontecimientos biográficos nos tientan a querer añadir que lo inconcluso de la investigación no se debe únicamente a lo incompleto de las imágenes de la memoria, sino también a causa de lo “tajante⁷” de los acontecimientos -dolor, pena y disonancia cognitiva- que no puede ser radicalmente disminuido. “Ningún pasado que podamos construir pueda ser tan adecuado como lo demanda la situación. Siempre existe una referencia a un pasado que no puede alcanzarse, (...) Cabe concebir que las implicaciones del presente se extiendan más allá de adonde las llevamos de hecho, y más lejos de donde nos sería posible llevarlas” (Mead, traducción de Sánchez de la Yncera, 1932: 31)⁸.

⁷ La noción de lo “tajante” (“le tranchant” en francés) del acontecimiento ha sido tomada prestada de P.Ricoeur.

⁸ G. H. Mead, *Philosophy of the present*, University of Chicago Press, Chicago, 1980, p. 31. Se utiliza aquí la traducción de I. Sánchez de la Yncera (Mead, 2008: 220).

El pasado es, pues, hipotético (precario, parcial, mal asegurado, susceptible de modificación, provisorio) también a causa de su carácter irremediamente insondable, incluso cuando es considerado como algo dado. Al fin y al cabo, uno nunca cesa de cuestionarlo.

Estas tesis sobre el pasado –“estable hasta nueva orden” y “parcialmente insondable” (la búsqueda es interminable) – vienen a confirmar *a posteriori* la mayor parte de las observaciones realizadas por la autora, sobre las biografías y sus acontecimientos. Sin embargo, tenemos que destacar que algunos acontecimientos resultan tan traumatizantes que ningún otro acontecimiento posterior ha sido capaz de atenuar el corte que ha provocado: una realidad donde el tiempo no pasa y el acontecimiento no se supera (Pontalis, 1997); (Davoine y Gaudillière, 2006); (Leclerc-Olive, 2008).

II – Ética y metodología de la investigación biográfica

La elección de un protocolo de investigación se basa sobre dos líneas de reflexión principales – ética y teórica – claramente independientes la una de la otra. El dispositivo de investigación puede ser considerado como la traducción concreta de la necesidad de “considerar globalmente” las exigencias que estas reflexiones generan.

II. 1. Polo ético

La primera línea de reflexión se organiza alrededor a un polo *ético* que incluye la concepción que se le da al sujeto-narrador y a los postulados deontológicos. Estos deben tener en cuenta nuestra identidad profesional (investigador – sociólogo y no terapeuta-, docente, etc.), nuestra personalidad, nuestra experiencia de vida, cuáles son las situaciones que podemos vivir sin hacernos daños y aquellas que, al contrario, dejan tras ellas un profundo sentimiento de malestar o mala conciencia.

Al menos tres principios éticos pueden ser definidos: un principio de iniciativa, un principio de intercambio y un principio de totalidad. A saber:

1- un principio de iniciativa: Si bien no puede negarse que el investigador es el origen de la investigación -lo cual constituye una gran diferencia con la situación psicoanalítica o psicoterapéutica en general- es por otra parte necesario iniciar la entrevista con un contacto que deje la mayor parte de iniciativa a los narradores potenciales. Debemos prohibirnos cualquier propuesta “directa” donde la respuesta positiva pueda ser forzada por la situación cara a cara en la que se da.

2- Un principio de intercambio: A nuestro parecer, esta experiencia es un trabajo realizado conjuntamente entre el investigador y el narrador. Eso significa que no se trata de adoptar una actitud pasiva durante de las entrevistas en las que nos limitamos a intervenciones mínimas - según lo que se acostumbra llamar “no-directividad”- dejando a la persona administrar sola sus interrogantes, dudas y angustias. Pero eso tampoco significa que haya que practicar un intervencionismo intrusivo. El respeto al ritmo de la elaboración del discurso y del punto de vista del otro puede conjugarse con un cuestionamiento amistoso, aunque también crítico y exigente⁹.

El principio de intercambio se concretiza así mismo al nivel de la construcción de las entrevistas: las grabaciones transcritas pueden ser devueltas a la persona después de cada entrevista. Pero tienen que ser “borradores”, nada más. Consideramos que durante el curso de los encuentros no puede hablarse más que de un intento de relato. Los avatares de la situación dialógica – las preguntas del investigador pero también la multiplicidad de los encuentros – y el trabajo de reelaboración parcial que se realiza, hacen de estas entrevistas transcriptas

⁹ Empatía, confianza y simpatía no fingidas son requeridas para que se establezca un verdadero diálogo. Constituyen el terreno previo, al igual de lo que sucede en una situación terapéutica. Ferenczi escribe a propósito del trabajo de “disparador” acompañado de crisis frecuentes de una de sus pacientes: “Si asisto a una nueva explosión con un poco de irritación, incluso quizás con un poco de aburrimiento -mi paciente se da cuenta a través de mi comportamiento, mi voz, mi manera de interrogar- entonces el dolor y la gravedad de la crisis aumenta y si no hago nada más esto termina habitualmente con una risa aguda y demente seguida de un despertar en la apatía. Pero si la paciente se percata de que experimento una compasión sincera por ella y que encauzo todos mis esfuerzos por explorar el origen de sus sufrimientos, se vuelve repentinamente capaz no solamente de ofrecerme una representación dramatizada de los acontecimientos, sino incluso de comentármelos. El ambiente amistoso le permite proyectar los traumas en el pasado y contarlos como recuerdos. El contraste frente al entorno de la situación traumática, la simpatía, la confianza recíproca deben ser establecidas antes de que aparezca una nueva actitud: la rememoración en lugar de la repetición. La simple asociación libre sin que sean asentadas nuevas bases a fin de crear una atmósfera de confianza, no aporta una verdadera curación. El médico debe prestar verdadera atención al paciente, con toda su alma, o bien, si eso no ocurre, debe reconocerlo honestamente, al contrario del comportamiento de los adultos hacia los niños” (S. Ferenczi, 1968: 235-236).

“borradores” de un relato escrito pendiente. Este relato (uno de los relatos posibles) puede ser entregado al narrador al final de las entrevistas, a cambio de lo que nos contó sobre su vida, de “ese trozo de nosotros mismos que se da al otro”, como escribió una de nuestras narradoras. Pero inmediatamente nos vemos confrontados al difícil y delicado problema de la reescritura¹⁰.

3- Un principio de totalidad: Es necesario que esta aventura sea - tanto para el narrador como para el investigador- una experiencia lograda, que termine con “un buen final”. Con esto queremos decir que lo que determinará la interrupción concertada de las entrevistas será el sentimiento compartido de que “lo más importante ha sido dicho”: “Con lo que te he dicho puedes comprender lo que ha sido mi vida”, dice una narradora. Cuando la persona piensa haber dicho lo esencial y el investigador no tiene más preguntas a las que la persona pueda responder.

Esta “totalidad”¹¹ producida conjuntamente entre el investigador y el narrador, es una condición necesaria para poder considerar nuestro material biográfico como un todo, diferente del conjunto de las partes -palabras, frases o párrafos- que la componen.

El relato biográfico es una totalidad singular. Es una huella de la existencia de una persona a quien tenemos que otorgar una presencia en el informe final. Anónima, evidentemente. Pero que debe respetar lo máximo posible, su especificidad y su densidad. No se trata de un “caso” resumible en una decena de líneas o reductible a una lista de citas. Recordemos que nuestro proyecto no consiste tanto en construir tipologías como sacar a la luz los procesos que, aunque éstos sean siempre singulares, permitan comprender posteriormente otras biografías igualmente singulares. Cada biografía debe ser reconstruida como un todo.

¹⁰ Los problemas resultan parecidos a los de la traducción.

¹¹ Hablar de totalidad no quiere decir que ella sea definitiva e inmutable. Efectivamente, es provisoria e inestable pero eso no impide que podamos hablar de totalidad.

II.2. Polo teórico

1 -¿Cómo estudiar los acontecimientos biográficos?

Hemos visto que los acontecimientos biográficos no adquieren su pleno sentido a menos que se los relacione con el conjunto del recorrido de vida en el cual se inscriben. Toda predefinición efectuada por el investigador (a la manera de los *life events* o de la aproximación de los demógrafos) corre el riesgo de hacernos perder los acontecimientos esenciales y, en todo caso, no nos permite captar como se constituye el sentido. Precisamente quisiéramos demostrar que el sentido que se da al acontecimiento es pre-construido por el mismo sujeto. Lo que nos hace falta es generar las condiciones para que este sentido pueda expresarse de forma que el relato se imponga. Sin embargo, hay que tener en cuenta lo que las teorías narrativas dicen sobre la relación entre el acontecimiento y el relato. Ricœur subraya que si bien es cierto que el acontecimiento introduce una “disonancia” en el hilo de la historia, es finalmente la “concordancia” lo que predominará, contribuyendo así al desarrollo de la trama. Aunque el relato, más que cualquier otra forma de discurso permite la “exaltación” del acontecimiento, por fin logra “dominarlo”¹², especialmente al darse en su forma escrita¹³. Esto viene a validar *a posteriori* el uso de las entrevistas como recurso para la investigación: son la expresión oral más apropiada para restituir (locutor) y sentir (narratorio) la fuerza de “irrupción” del acontecimiento.

Gracias a una rápida incursión en el campo de la Historia, recordaremos todo el interés de disponer de diversos documentos, cuyo cotejo puede proporcionar valiosas indicaciones¹⁴. Así mismo, las herramientas de las que se sirven habitualmente los socio- analistas, aunque no sean “documentos” en el sentido en que lo entienden los historiadores (piezas autenticables, testimonios “firmados”) constituyen materiales no verbales interesantes. A menudo, el árbol genealógico y la “línea de la vida” son considerados materiales secundarios en relación a las entrevistas en sí mismas. Sin

¹² Todas las diferentes figuras de la explicación, de las cuales J. Ladrière propone un inventario (de cuatro figuras diferentes), “dominan” el acontecimiento (P. Ricœur, 1991).

¹³ Algunos narradores se lamentan que la dimensión dramática queda difuminada en el relato que se hizo de sus experiencias.

¹⁴ Cabe recordar que nuestro objeto no es el texto mismo, sino, a través del texto, la trayectoria biográfica de la persona encontrada.

embargo, para nuestro estudio, la “línea de vida”¹⁵ será considerada como un documento de primera importancia. A través de ella esperamos encontrar una huella gráfica específica asociada a los acontecimientos significativos de una existencia. De la misma forma, vamos a retener del método histórico -aunque sin excesiva rigidez- la atención particular que éste dedica a la “datación” de los acontecimientos. Este procedimiento otorga a nuestra investigación una especificidad que la diferencia de los enfoques analíticos, cuyas « estrategias del tiempo » son radicalmente diferentes a las de la historia (Certeau, 1987: 97).

Sin embargo, nuestro objetivo no es oponernos ingenuamente al enfoque analítico con sus indiscutibles aportes. Efectivamente, este enfoque atrajo nuestra atención sobre todo en lo que concierne a la conducta y al análisis de las entrevistas. En primer lugar, el respeto a la singularidad de una palabra nos llevará a investigar las causalidades singulares (de los acontecimientos) que dan formas a las biografías. Por otra parte, contribuye también a llamarnos la atención sobre las situaciones de la enunciación. Seguidamente, es importante el recordatorio permanente sobre el hecho en el que estamos trabajando con producciones específicas del lenguaje oral dado que la servidumbre impuesta por la ortografía al pasar lenguaje oral al escrito, puede eliminar un sentido latente. Finalmente, más allá de las limitaciones de un análisis estrictamente semántico, nos interesa la atención de este enfoque hacia las imágenes y las metáforas. Remarcamos que estos esquemas metodológicos no son incompatibles con la postura reflexiva y “dialógica” que debe prevalecer en nuestras entrevistas.

2- *¿En qué proceso de objetivación pueden ser tomados los materiales biográficos elaborados?*

Los relatos biográficos recolectados a través de entrevistas parecen, a primera vista, alejarse de toda perspectiva de objetivación: ni la confrontación de los documentos y testimonios sobre la cual se apoya el análisis histórico, ni la presencia *in situ* del investigador durante los acontecimientos o las situaciones relatadas pueden ofrecer, en

¹⁵ En el árbol genealógico, el tiempo resulta demasiado condensado para nuestro trabajo.

el caso de los relatos autobiográficos, fundamentos sólidos para un proceso de objetivación entendido en el sentido clásico de las ciencias naturales.

Sin embargo, estas circunstancias no nos parecen concluyentes. Para empezar, se requiere una redefinición de la noción de “objetividad” si se la quiere utilizar en el marco de las ciencias humanas (siendo la misma concepción clásica de la objetividad cuestionada incluso por la misma Física contemporánea). Seguidamente, algunos de los condicionamientos inducidos por el dispositivo de investigación mismo ayudan a limitar las posibilidades de derivación novelesca.

En referencia al primer punto, André Green propone, por ejemplo, dejar de considerar un sentido unívoco de la noción de objetividad para todos los campos de conocimiento. Este autor supone, por ejemplo, una objetividad específica en el conocimiento psicoanalítico. La preeminencia de un tipo de objetividad – es decir, aquella de las ciencias puras – sobre otra, no está probada. Y en todo caso parece preferible, por el momento, dejar a un lado el debate ligado a esta cuestión, ya que actualmente no es posible comprobar que la llamada “objetividad de la subjetividad”, pueda ser reducida a una objetividad de tipo científico (A. Green, 1991: 159). La verdad científica tendría una doble tarea que uno no sabría reducir a un único objetivo:

a) descubrir lo que se ignora y que está oculto, sin que nadie desee ocultarlo.

b) descubrir lo que se ignora, lo que se esconde bajo los designios de una voluntad que impide su descubrimiento por razones diversas, siempre relacionadas con una sensación de disgusto. Esta segunda tarea implica una intencionalidad específicamente humana. En el dominio de las ciencias humanas, la objetividad es de por sí limitada y local, por una serie de razones ligadas al disimulo, a la incompetencia o a lo involuntario, así como por otras razones por sí mismas objetivas (que tienen que ver especialmente con el horizonte temporal de la investigación: la “verdad” de una biografía puede revelarse posteriormente). La objetividad alcanzada es provisoria y difícil, pero infranqueable y estrechamente dependiente del dispositivo de investigación.

Se sabe bastante sobre los procesos de selección- olvido efectuados por la memoria. La rememoración no es una pura reproducción de recuerdos disponibles. Así mismo, la situación de interlocución contribuye, gracias a las preguntas y a las

interrupciones del encuestador, a orientar el relato o al discurso que apunta un relato relacionado con el “tiempo configurado”¹⁶, la experiencia incorporada. A pesar de todo, si bien este discurso es dependiente de las circunstancias en las que es producido, el relato aludido está coaccionado por una serie de factores, (algunos ligados al “pacto” establecido al inicio de la investigación), por la empatía nacida con el investigador u otros relativos a las coacciones – lógicas y cronológicas – propias de todo relato referenciado. Por eso, es indispensable encontrarse con las personas entrevistadas varias veces.

Preocuparse por respetar la cronología y “explicar” al investigador por qué y cómo sucedieron las cosas, puede arrastrar al narrador bajo el propósito inicial de querer disimular algunos hechos. No olvidemos que no se trata de explorar todo lo que sucedió en el curso de la vida, sino de “comprender” su trayectoria a partir de los acontecimientos más esenciales que la han determinado. La configuración de los acontecimientos ocurridos en el relato no puede tener lugar más que sobre la base de una “estructura pre-narrativa” de la experiencia. Partes enteras del relato biográfico ya fueron relatadas o al menos examinadas por el protagonista de manera individual. Nuestro dispositivo de investigación tiene pocas oportunidades para revelar hechos reprimidos. En cambio, el diálogo puede despertar recuerdos que estaban soslayados sin que hubiera ninguna resistencia sólida. Entre el inconsciente y la memoria viva existe una memoria en descanso de lo “no-dicho y no-olvidado” – que hasta entonces nada había reactivado ya que la persona ni sospechaba su importancia – y que la entrevista – tanto gracias a la presencia activa del investigador como la temática misma de los encuentros – consigue develar. Un ejemplo citado por Erika Apfelbaum será suficiente para ilustrar este hecho (Apfelbaum, 1989: 267-77): Louis Malle fue entrevistado en 1987 en ocasión del estreno de su película *Aurevoir les enfants*, en el que relata su amistad con un joven judío. Al periodista que le pregunta: “¿Por qué rodar esta película hoy en día?”, el cineasta responde: “Me horrorizó durante mucho tiempo este recuerdo. Lo soñé durante los años 60, pero todavía era demasiado cercano, demasiado íntimo... Este recuerdo me atravesó de nuevo el espíritu en el momento de Lacombe Lucien, en 1974. Una vez más tuve miedo... Ahí... en diciembre, los alumnos de enseñanza

¹⁶ Ver más abajo.

secundaria, los jóvenes probaban sus capacidades... de politizarse. Después se precipitó la amenaza Le Pen. Más tarde tuvo lugar el proceso Barbie... provocando un enorme eco en la opinión pública. Luego “Shoah” de C. Lanzmann pasó a la televisión... Y ahora no sería extraño que me trataran de oportunista.”¹⁷

No puede expresarse de mejor manera la doble necesidad de la existencia de una distancia temporal y la de algunos acontecimientos “desencadenantes” para que una palabra callada hasta entonces sea exteriorizada. Ciertas circunstancias incitan a “retomar” el pasado sin ninguna indulgencia. Un protocolo de toma de contacto “mediatizado” permite a los narradores mismos, la iniciativa de aprovechar la investigación. A las personas que sienten la necesidad de reelaborar su biografía, les permite comprometerse - siempre de forma turbadora - a realizar un trabajo de reflexión sobre lo que ha sido decisivo en su existencia. Si parece aventurado hablar de verdad en este contexto – la verdad del discurso del psicoanálisis es la desaparición del síntoma –, al menos la veracidad del discurso depende de las modalidades del acercamiento. En la base de este contrato específico el narrador confía algo al investigador, con todas las connotaciones que este término implica: *comunica* bajo la garantía del secreto, por supuesto, pero también se *FIA, se confía*, sobre todo en el sentido de *entregar* alguna cosa a alguien, al *deshacerse de*¹⁸. ¿Deshacerse de qué? ¿A cambio de qué? Lo que anteriormente se ha dicho en relación a lo “tajante” de los acontecimientos permite plantear la hipótesis que es de hecho su discrepancia nunca totalmente reducida, la que empuja a la persona a relatarlos (¿nuevamente?), esperando obtener a través de estos encuentros un dominio simbólico mayor sobre lo que ha sido su vida (o por lo menos, poniendo los acontecimientos que la estructuran en orden cronológico). Sin duda alguna, se trata de reducir una doble disonancia, afectiva y cognitiva, un sufrimiento que hace del acontecimiento biográfico el lugar de una prueba y de una experiencia, nunca completamente sancionada.

¹⁷ La película de Louis Malle relata un recurso suyo que tuvo lugar cuando era joven durante la Segunda Guerra Mundial. Durante una de sus clases, vio a los alemanes llevarse a un amigo judío suyo y nunca más lo volvió a ver.

¹⁸ Serge Doubrovsky escribe: “Cuando se ha contado, uno se deshace de ello y desaparece. Uno reúne centenas de millares de signos para borrar. Una vez que está impreso, en principio, ello se borra.” (Doubrovsky, 1989: 60).

3 - ¿Cómo se validan las interpretaciones del investigador?

Dos escollos amenazan las interpretaciones del investigador: la redundancia en relación con los propósitos del narrador por un lado, y la violencia de un sentido incompatible con estos mismos propósitos, por el otro.

Para empezar, conviene resaltar que el relato no es una cronología de acontecimientos donde las conexiones establecidas por los narradores se expresarían únicamente bajo la forma: “X llegó, luego Y...” Algunos esquemas explicativos pueden leerse en el interior del discurso. Contar es, de hecho, incorporar generalizaciones de orden clasificatorio, causal o teórico. Una mínima interpretación se encuentra ya inscrita dejando ver el germen de un sentido, *incoativo* o elaborado, descansando sobre la dimensión informativa del relato. Aquí hay una base común entre las interpretaciones del investigador y las del narrador. Se trata de un “conocimiento por familiaridad” que nace de la sola frecuentación del texto. Sin embargo, la inteligibilidad de una biografía no se impone de golpe. Hay preguntas que permanecen. Partiendo de este conocimiento por familiaridad pueden construirse otras interpretaciones plausibles apoyándose sobre la dimensión evocativa del discurso. Entre el nivel informativo manifiesto - nivel máximo de la voluntad de expresar- y el nivel mínimo de los olvidos y los lapsus, se encuentran los niveles intermediarios de un pensamiento que se busca, de una auto-reflexión inacabada. Una “vivencia oscura”, acciones o acontecimientos de los que uno no ha agotado ni el sentido ni los efectos, y que no dejan de mortificar. En este proceso de ampliación de las interpretaciones, los comentarios del investigador pueden no coincidir con el punto de vista del narrador.

¿Hace falta, como lo propone François Dubet, confiar en los actores y no retener sino aquellas interpretaciones sociológicas que hayan sido “negociadas acérrimamente” por los investigadores y los actores? Es cierto, François Dubet anuncia esta propuesta en un contexto de investigación muy diferente: se trata del contexto de “intervenciones sociológicas” con la finalidad de analizar la acción colectiva de un grupo. Dubet afirma que los actores tienen la posibilidad de rechazar las interpretaciones, lo que es natural, pero va todavía más lejos: “Este rechazo debe anular las hipótesis del investigador” (Dubet, 1990: 171-93). Tratándose de la biografía singular, este modo de validación no puede sino producir un discurso sociológico redundante en relación al narrador. No es

que éste no pueda admitir un punto de vista diferente al inicial en la investigación, pero una interpretación demasiado innovadora exigiría retomar los hechos a la luz de este nuevo esquema interpretativo, lo que requeriría tiempo, mucho tiempo incluso exámenes sucesivos, solitarios o dialogados. En todo caso, diferente a una simple confrontación entre narrador e investigador.

Por otro lado, ¿qué podría garantizar la preeminencia del punto de vista del investigador? Ciertamente una formación profesional y el trabajo de análisis “certifican”, de algún modo, los comentarios que el investigador puede hacer. Pero ¿qué sabe él de sus propios deseos y por ello, de la contra-transferencia que trabaja subterráneamente en todos sus discursos? Ningún análisis didáctico (Safouan, 1988) le ha permitido identificar sus propios fantasmas, con el riesgo de proyectarlos en la interpretación del recorrido biográfico del otro. Si, como acabamos de decir, la comprensión de una biografía se apoya sobre un proceso de identificación, nada en la formación del sociólogo ni en el dispositivo de investigación o en los métodos de análisis de los materiales recogidos, constituye una base firme de validación de sus interpretaciones. La prudencia es necesaria. Hace falta dejar espacio y tiempo. Espacio para otras interpretaciones, tiempo para que el lector se las adueñe y las confronte con su propia interpretación. La publicación tiene que permitirlo. Nuestro objetivo no es cerrar un *dossier* sino “ampliar el cuestionario”.

III – El protocolo de investigación

La participación activa del narrador en esta experiencia de exploración biográfica constituye pues, un pre-requisito esencial de nuestro dispositivo de investigación. Desde el contacto inicial, todos los detalles de los procedimientos realizados, tienen una enorme importancia: no solamente por la excelencia de los materiales recogidos sino también por la calidad de la relación entre los narradores y el investigador. Las entrevistas constituyen una experiencia parecida a una “fatalidad” en el sentido atribuido por Goffman a esta palabra (*fatefulness*). Es una acción “problemática” y “que conlleva consecuencias” si uno se compromete en ella (Goffman, 1974). Si se utiliza un mediador, sería más fácil rechazar la proposición. En caso contrario, si una persona acepta la entrevista, se puede pensar que no se sintió obligada a hacerlo, por no saber

decir no frente a la investigadora. Se garantiza, de esta forma, que la persona desea realmente participar...

Antes de poner fin a la serie de entrevistas, la persona interrogada es invitada a dibujar su “línea de vida”¹⁹. Si la pregunta que da inicio a las entrevistas – “¿Cuáles son los acontecimientos que, según Usted, marcaron u orientaron su vida?”– esta dirigida hacia los tumultos de la existencia, el hecho de trazar una línea que represente la vida, podría ser considerada como una manera de privilegiar la unidad y la continuidad biográfica, renunciando a todo replanteamiento del sujeto, a toda problematización del yo. La experiencia muestra, de hecho, que el trazado de esta forma gráfica, lejos de borrar todas las rupturas y las interrupciones, es una ocasión para hacer visibles los elementos biográficos que el relato no pudo expresar. Utilizada en unas investigaciones como el “engranaje” de un relato biográfico, esta “línea de vida” soporta entonces una carga informativa insignificante. En las nuestras, son trazadas al final de la serie de las entrevistas, cuando el trabajo de *anamnesis* ya ha traído consigo múltiples recuerdos que todavía no habían sido develados al inicio de los encuentros. Para la mayoría de las personas entrevistadas, a primera vista, los relatos y la producción gráfica concuerdan ampliamente. A los grandes acontecimientos de la vida corresponden los altos y los bajos de la línea de vida y los puntos de inflexión son las imágenes de las bifurcaciones de la existencia. El trazado parece ofrecer entonces un resumen esquemático del relato biográfico. Sin embargo, algunas veces, un examen más preciso revela ciertas diferencias que no pueden ser imputadas únicamente a las dificultades gráficas. Retrospectivamente, el efecto de lo descartado en la línea de vida, ofrece, de este modo, un enfoque renovado sobre la experiencia biográfica²⁰.

IV – El relato y los acontecimientos biográficos

El relato biográfico posee una doble dimensión: Es performativo en el sentido de que es el relato mismo el que instituye una historia y de esta manera, puede ser justificable la

¹⁹ Esta formulación plantea problemas. Algunas personas no deseaban trazar “una” línea sino varias. Incluso a veces la idea misma de líneas no se correspondía con la forma gráfica que la persona quería adoptar. Se necesitó, pues, encontrar una formulación menos problemática: “¿Quiere Usted representar sobre esta hoja la evolución de su vida, o lo que sucedió en su vida?”

²⁰ Ver por ejemplo, las “líneas de vida” de Françoise (Leclerc-Olive, 1997: 122).

utilización de métodos de análisis clásicamente reservados a las obras de ficción. Y por otra parte, al tener sus raíces en la experiencia, pertenece también al género histórico. Esta dimensión referencial exige modalidades de análisis que incluyen una preocupación por la verificación.

El acto de configuración que preside la puesta en relato es un acto de juicio consistente en “tomar el conjunto”. En este sentido, un relato biográfico no es el simple trazado de una sucesión de acontecimientos, no es una crónica²¹. Esa confusión llevaría a sustituir el movimiento o al pasaje con una pura sucesión de posiciones. Es útil recordar aquí las páginas en las que Bergson muestra que “todo cambio real es un cambio indivisible” (Bergson, 1938: 162). En un relato de ficción esto se refleja en la presencia de un inicio y de un fin. En uno biográfico, la experiencia muestra que en general los narradores deciden cuál acontecimiento será el detonador del relato propiamente dicho. Más allá de ello, la palabra se hace otra, una voz en *off*, una voz fuera del relato.

El ajuste entre el relato producido y la vida misma no está dado. Por una parte, las entrevistas apuntan – se relacionan a – una trama, más que producirla. Un cuestionamiento profundizado puede reducir la distancia entre el relato y aquella trama, pero no todo puede ser dicho. Por otra parte, esta trama, este “tiempo configurado” es, él mismo, el producto de verbalizaciones anteriores. Entre la trama “disponible” en la memoria y la vida existe una segunda distancia que redobla la primera: como hemos dicho anteriormente, la búsqueda es inacabable.

Un esquema permitirá aclarar como el acto de configuración articula estas diferentes temporalidades a través de procedimientos de ajuste que son la puesta en el relato en la entrevista y la constitución de la experiencia biográfica.

²¹ En esto se encuentra lo que separa el género del diario personal, escrito principalmente en presente, y la autobiografía, escrita en pasado.



Elaboración propia

Este esquema no pretende describir los procesos efectivos de producción de los materiales biográficos, sino más bien, poner en relieve dos cosas: primero, solo una parte de la experiencia biográfica es restituida durante el transcurrir de las entrevistas; De esta forma, la actividad A' extrae – principal aunque no únicamente – sus recursos, de esta experiencia, ese “tiempo configurado” que, sin embargo, no se reduce a las anteriores puestas en relato. Segundo, la constitución de la experiencia – la actividad A – tampoco es una simple operación de reproducción y conlleva una parte de comprensión incorporada no verbalizada y algunas veces no verbalizable. Es destacable que si hay que advertir estos dos tipos de distancia es, al mismo tiempo, absolutamente necesario señalar la ausencia de corte radical entre estos momentos del tiempo vivido y el tiempo biográfico configurado: un acontecimiento puede cuestionarlo y constituir – o puede constituir – el objeto de investigaciones complementarias interminables.

Como sabemos, una de las mayores críticas dirigidas a los materiales biográficos (Passeron, 1991) es el hecho de considerarlos como un cúmulo de detalles que provocan al mismo tiempo, el sentimiento fascinante de acceder a la sustancia misma de la experiencia y el de hacer de todo informe sintético una decisión arbitraria. Las investigaciones realizadas hasta el momento, acordes con metodología descrita, muestran en cambio una estabilidad hasta “nueva orden” – hasta un nuevo acontecimiento significativo –, un armazón configurado por los acontecimientos biográficos que constituyen los giros de la existencia personal de cada uno. Estos *giros*

de la existencia –acontecimientos en los que ha podido estabilizarse el significado - se distinguen tanto de las *catástrofes* que no han encontrado un relato que las ponga “a una buena distancia”, como de los simples *recuerdos*. Las categorizaciones de los acontecimientos no son inmutables, y como lo muestran los relatos de Annie Duperey, ya que pueden transformarse con hechos posteriores – sobre todo encuentros -, lo que permite trazar un recorrido semántico. Estas distinciones serán analizadas posteriormente. Por el momento, nos abocaremos a concentrarnos en los acontecimientos significativos que estructuran una biografía.

Morfológicamente, un acontecimiento significativo se visualiza como un cambio de situación: desde el momento en el que el acontecimiento tiene lugar, esta situación ya no puede ser descrita a través de los mismos predicados.

Los acontecimientos significativos se constituyen en los puntos nodales de la experiencia biográfica: es el momento en el que las representaciones incorporadas de uno mismo, de la sociedad y del mundo, son alteradas; situaciones en las que el sujeto se interroga, interpreta, intenta encontrar un sentido, producir nuevas representaciones.

Si bien un acontecimiento significativo comporta una parte de radicalidad nueva, irreductible al análisis, no podría ser considerado como una “caja negra”, irremediabilmente insondable. Con su aparición, el evento crea múltiples disonancias: cognitivas – hace pensar –, afectivas (incluso física) – puede hacer sufrir – morales – se interroga acerca de lo injusto de la situación. La *complejidad* misma del acontecimiento – en el doble sentido de búsqueda interminable y pérdida de jerarquías²² – participa en su constitución como momento privilegiado en donde se elaboran conjuntamente los hechos y sus significados.

Para reducir estas disonancias – lo tajante del acontecimiento –, la persona suele volverse hacia los otros. De hecho y en general, un acontecimiento biográfico es un acontecimiento intersubjetivo y compartido. La importancia de la negación en la formación de trastornos psicológicos así lo demuestra²³. Aunque durante el encuentro con el investigador partes enteras del tiempo configurado, de “relatos prefabricados” están disponibles, el intercambio puede permitir la emergencia de recuerdos ocultos, la

²² Un incidente irrisorio puede a veces dar un giro completo a una situación.

²³ Ver también lo que dice J. M. Ferry en referencia las situaciones de choque (Ferry, 1991: 107).

formación de configuraciones nuevas, de acercamientos inéditos. En todo caso, la recuperación coexiste con la coproducción. Lo que hace excepcional el encuentro con el investigador es el recorrido de la biografía que se realiza conjuntamente y que permite una mirada relativamente distante. Al fin y al cabo, la aventura en la que se compromete el narrador cuando acepta participar en esta investigación, debe poder ser pensada con los mismos parámetros que cualquier otro acontecimiento significativo de la biografía. Es un acontecimiento entre otros, raramente insignificante.

V – La constitución del acontecimiento

Los « relatos » recogidos muestran que los procesos de intercambio en el seno de los cuales se construye el acontecimiento son, de hecho, de dos tipos ampliamente heterogéneos: un primer proceso, al que llamo *el compartir*, en el que el acontecimiento se descifra, se individualiza, formulando un acontecimiento “para sí”; y un segundo proceso, la *sanción*²⁴, en el que un Otro – persona o institución, un *otro* específico dependiente del acontecimiento de referencia –, pronuncia lo “verdadero” del acontecimiento, donde se define una significación para el Otro, que debe ser apropiada después por el sujeto. La distinción entre estos dos tipos de interacción es particularmente visible cuando se calibra a lo que separa una desaparición – que perenniza una incertidumbre – de una muerte. La ausencia de sanción a través de un ritual, de una instancia externa que dice “lo que es”, obstaculiza el trabajo de duelo.

El significado del acontecimiento puede estabilizarse como resultado de estos procesos de *compartir* y *de sanción*, pero a su vez, la sanción puede constituir un acontecimiento que deberá ser compartido. De esta manera se genera, a través de esta necesidad eventual de (re) elaboración o por las contingencias o encuentros de la existencia, el “recorrido semántico” del acontecimiento -los sentidos sucesivos que le dan forma-. Estas secuencias, puntuadas por las interacciones, definen un tiempo interno del acontecimiento el cual, por otra parte y a pesar de esta extensión temporal, “se aferra” al calendario privado (que será posteriormente cuestionado), por un “elemento de clausura” (una fecha, un detalle que le sirve de nombre).

²⁴ La sanción se entiende aquí en el sentido de validación o de juicio de un acto, otorgándolo así una significación oficial.

El *compartir* designa un tipo de interacción donde el resultado del intercambio, producto exclusivo de esta interacción, es a menudo renegociable. La decisión, si es que la hay, se sostiene porque es compartida. Muy distinta es la interacción que se establece entre una persona y una institución aunque ésta fuese representada por uno de sus mandatarios. Si hay negociación, interacción entre estas dos personas, la decisión pertenece exclusivamente al representante de la institución o a la persona autorizada. Esta decisión se mantiene por ser, al menos por un tiempo, irrevocable, no negociable. Se trata de una interacción *discontinua*²⁵. Un lapso de tiempo separa el final de una eventual negociación y esta decisión que pertenece propiamente, a uno de los dos interactuantes: un *no man's time*²⁶, un lugar de *irreversibilidad* donde “la suerte está echada”. La *sanción*²⁷ es frecuentemente referida a reglas o a lógicas exógenas elaboradas fuera del intercambio. Inversamente, el *compartir*, regido por un esquema binario y la *sanción* pertenecen a un modelo de interacción ternario.

Algunos ejemplos ilustrarán este propósito. Primero la que podría ser figura emblemática de este tipo de acontecimiento: un examen o un reclutamiento. Si el tiempo de preparación se inscribe en las relaciones de *compartir*, el momento de las pruebas marca una ruptura: los dados han sido lanzados. Las que decidirán a partir de ese momento, son las lógicas exógenas sobre las cuales el candidato deja de tener el control. Las reconversiones profesionales funcionan sobre un esquema casi equivalente. En este caso, la *sanción* se remite al mercado laboral. Un accidente de salud que requiera un trasplante de órganos, un delito sometido a la decisión de la justicia, etc. son acontecimientos biográficos en los que se distinguen claramente los dos tipos de interacción que acabamos de identificar.

Sin embargo, los dos tipos de interacciones no intervienen en la constitución de todos los acontecimientos significantes. Un acontecimiento puede ser ampliamente

²⁵ P. Watzlawick, por ejemplo, distingue claramente lo que para él significan las interacciones “continuas” y declara no trabajar en otra cosa. “Es casi inevitable que a este nivel del análisis, el centro de la atención sea las relaciones continuas, es decir aquellas que son importantes para las dos partes y que son durables”, P. Watzlawick *et al.*, 1972: 129).

²⁶ Es particularmente notable que durante este período, el sujeto se encuentra a menudo con la imposibilidad de elaborar el más mínimo proyecto. El tiempo está provisoriamente suspendido.

²⁷ Es a través de la *sanción* que el individuo descubre las instituciones sociales. En su construcción de objetividad -el mundo tal cual es para él- éstas aparecen no como construcciones sociales sino como datos objetivos.

compartido sin ser sancionado: “¡he matado a Hélène!” exclama L. Althusser, después de ser beneficiado por un sobreesimiento judicial. Este autor publica un texto autobiográfico, *L’avenir dure longtemps* (1993) con la voluntad de darle una conclusión al suceso a pesar de la ausencia de sanción. De forma contraria, un acontecimiento puede ser sancionado sin ser compartido: una enfermedad disimulada a los familiares, por ejemplo.

Mencionaremos otro ejemplo sobre el tema tomándolo prestado de la literatura autobiográfica. Anny Duperey publicó dos libros dedicados, precisamente, al sentido de un acontecimiento biográfico significativo. En 1992²⁸, Duperey publica *Le voile noir*, donde introduce algunas fotos realizadas por su padre. Al mostrar estas fotos, Duperey intenta recuperar algunos recuerdos de sus padres fallecidos cuando ella tenía ocho años y medio. Sin embargo, después de dos años de escribir, estas fotos no despiertan tantos recuerdos de su infancia como la autora hubiera querido: “Mi madre-misterio... No la veo. Se me escapa. Todo está confuso y mi imaginación parece deslizarse sobre ella, impotente” (Duperey, 1992: 145), “Durante mucho tiempo quise rehacer el camino, inventar mi ‘yo’ sin ruptura, una vida sin el accidente de su muerte” (1992: 119) –. A pesar de su rechazo inicial de “escribir lo que sucedió” (1992: 196), el libro acaba con el relato del drama, único recuerdo y cuya huella se gravó con todos sus detalles. La descripción resulta minuciosa, dolorosa, conmovedora. De hecho, esta es “la única secuencia impresa” que la autora guarda de su infancia: sus padres murieron asfixiados a causa de un calentador de agua defectuoso de la casa a la que acababan de mudarse. El fontanero, al que habían llamado durante las semanas, nunca llegó para repararlo. Un domingo por la mañana, al ver sus padres “adormecidos” en el cuarto de baño, la niña dio la alerta, pero ya era demasiado tarde. “Qué tontería, cinco minutos antes y les hubiéramos podido salvar”, se dice en ese momento (Duperey, 1992: 203-09). Después de este trabajo de anamnesis, Duperey, en un capítulo escrito en forma de una “última carta” dirigida a su madre, expone el significado que el acontecimiento tiene para ella (una primera identificación) más allá de su descripción factual (su individualización).

²⁸ En aquel entonces, tenía cuarenta años et su hijo mayor, ocho años y media.

Tu historia, tu breve historia mal terminada, resulta parecida a la de tantas mujeres (...) El amante simpático conocido del trabajo (...) con quien uno podía andar con la misma libertad de movimiento (...) una niña que se te hace ya pesada y que te retiene. (...) Unos años más todavía, y uno deja el trabajo, se queda en casa, sin poder más. Uno se repliega sobre sus sueños traicionados, engorda un poco, se hunde en el tejido ... (...) tiene que desempeñar sola la vida doméstica, en un casa que él esposo había elegido, él a quien tu no querías (...) Ahora que yo sé todo eso, no puedo dejar de pensar que quizás fueras tú, o que mejor dicho, que fuiste tú quien descuidó el peligro, quien no volvió a llamar al fontanero y lo dejó pasar cada día delante de la casa sin pararle, esa casa donde, según tus propias palabras, te aburrías “mortalmente” ... (Duperey, 1992 : 223-25)

La obra conmovió a muchos lectores y Duperey recibió abundantes correos a los cuales decidió contestar escribiendo un segundo libro titulado *Je vous écris* (1993) que fue concebido como una carta colectiva dirigida a los lectores que la habían contactado; un texto a varias voces con las que la autora enmarca su texto. El acto de escribir y el de *compartir* con sus familiares no habían logrado reducir su dolor. “Probablemente ustedes saben sin duda como son, de hecho, de poca ayuda las personas más cercanas (...) No fue porque “escupí el trozo” que se ha terminado, digerido, sin tener nada más que decir, que buscar, todo lo contrario. En fin, el diálogo estaba afuera.” Pero las muestras de simpatía que recibió fueron notables: “Me fue ofrecida la verdad sobre lo que sucedió la mañana de la muerte de mis padres. Cuando lo pienso, ¡me resulta realmente extraordinario; no conozco a un autor de quien la visión de un acontecimiento capital de su vida, fuera radicalmente transformada gracias a sus lectores!” (Duperey, 1993: 12).

¿Qué pasó entre el momento en que la autora dejó su bolígrafo sobre la mesa después de acabar *Le voile noir*, y la redacción de este segundo libro? Duperey precisa: “No fue una continuación del libro, sino más bien una consecuencia²⁹ – para mi insospechada – una experiencia de escritura con ustedes” (Duperey, 1993: 13). Escritura de un segundo libro, por supuesto, pero también escritura (o más bien reescritura o reidentificación) del acontecimiento. En efecto, entre todas las cartas recibidas, una era de un médico anestesista – un “otro” experto y autorizado que aportó la *sanción* del saber científico en referencia a lo que sucedió realmente el día del accidente -. “Su libro me ha conmovido más que lo que pudiera expresarle. Soy médico anestesista-reanimador, y me gustaría citarle algunos pasajes de un manual sobre las urgencias

²⁹ Subrayado por el autor de este artículo.

médicas publicado por Ediciones Masson en 1991.” A continuación de la descripción del cuadro clínico de intoxicación por el óxido de carbono, el médico añadía:

Resulta evidente que usted sufrió un inicio de intoxicación por óxido de carbono que causó entorpecimiento, sensación de zumbido en los oídos, adinamia muscular; luego, probablemente al tratar de alcanzar la puerta, la caída de su madre ocasionó el cierre de ésta lo que la sustrajo entonces de los gases tóxicos. Posteriormente usted se fue despertando lentamente y sintió la necesidad impulsiva de salir para poder respirar y así recuperó el sentido y sus fuerzas. (...) Por supuesto, esto no le quita nada a su dolor, pero a todas luces y con toda evidencia, usted no es culpable. (Duperey, 1993: 157-59).

Aquella carta fue para Duperey una verdadera revelación: “una revelación que RECONOCÍ en seguida como la verdad de lo que sucedió”. Esta segunda identificación del acontecimiento, *sanción* dictada por una instancia adecuada –en este caso, la Medicina, certificada por la voz del Diccionario Médico– vino a poner fin, sino definitivamente al menos temporalmente, al recorrido semántico de aquel acontecimiento biográfico. En este momento un trabajo de luto puede empezar.

Este ejemplo parece requerir algunos comentarios. Primeramente, ilustra perfectamente la diferencia entre los dos tipos de interacción introducidos más arriba: el *compartir* y la *sanción*. El Diccionario Médico, desempeñando el papel de la Ley, expresa la “verdad” del acontecimiento. De repente, la naturaleza del acontecimiento (recuerdo sencillo, giro de la existencia, catástrofe) no aparece inmutable, puede cambiar con la aparición de un nuevo acontecimiento contingente, tal el caso de Duperey. Una parte irreductible de contingencia – en este caso, la decisión de publicar un libro, y posteriormente el azar de un encuentro con un médico que lo haya leído – interviene de manera esencial en el devenir del acontecimiento, en su la naturaleza. Esta *sanción*, este diagnóstico científico, no hubiera podido darse nunca³⁰. El acontecimiento, la catástrofe, “enquistada”, casi negada, no hubiera podido encontrar sosiego alguno jamás.

Por otro lado, hay que subrayar también que la narración del accidente está constituida y marcada por recurrentes expresiones de incertidumbre – por poco, etc. –. Contar la experiencia no es únicamente describir lo que sucedió, sino también valorar y explorar alternativas, interrogarse sobre esta fatalidad (Duperey, 1992: 202, 216). Sosegar el dolor, reducir lo impactante del acontecimiento consiste en escaparse del

³⁰ Este hubiera podido ser el caso si A. Duperey hubiera escogido consultar a un psicoanalista en vez de escribir un libro, por ejemplo.

lenguaje de la incertidumbre, de lo aleatorio o de la alternativa: “¿Cómo hacer para que se conviertan en muertes “normales”? ¿Cómo hacer para pensar que esta muerte a los treinta años, esta estúpida muerte acontecida mientras que mi hermana y yo los necesitábamos tanto, no fue sino un espantoso error?” (Duperey, 1993: 232).

Por fin parece claro que la contribución específica de la *sanción* a la identificación del acontecimiento debe de ser apropiable y apropiada para que un significado pueda estabilizarse. El proceso de “clausura” del suceso puede necesitar tiempo – el tiempo propio del acontecimiento, segunda figura del tiempo biográfico – y que en el caso de Duperey, abarca más de veinte años y depende finalmente de circunstancias fortuitas.

No se trata aquí de eventos “elementales”, anodinos, ni acontecimientos recurrentes o habituales como los que privilegia Piaget³¹, sino de sucesos significantes. Haría falta hacer una distinción entre los acontecimientos que llamaremos “acontecimientos-catástrofes” y los que designamos como “giros de la existencia”. Sin embargo, no es ésta una tipología de “categorías” distintas – propiamente hablando – en la medida en que no son herméticas. En este sentido, lo que los giros designan es la forma *acabada* del acontecimiento mayor mientras que la catástrofe sería la forma *inacabada, inacabable*. La experiencia de Anny Duperey demuestra, a la vez, esta distinción y la historicidad de estas categorías.

Para poder introducir la noción de “calendario privado”, en estos momentos es necesario examinar porqué un suceso biográfico mayor no es un simple recuerdo biográfico. Si los recuerdos se inscriben “en” el tiempo, al revés, los acontecimientos biográficos mayores instauran un calendario privado; en cierto modo, “crean” el tiempo.

VI – El armazón narrativo de las biografías

VI.1. Acontecimientos y recuerdos

Los relatos biográficos recogidos a partir de la metodología expuesta anteriormente rebosan de ejemplos que sostienen la adecuada distinción entre acontecimientos y

³¹ Para Piaget, el tiempo no se deja pensar de manera espontánea: estructuras lógicas previas desarrolladas a partir de la experiencia que el niño hace del mundo, deben ser adquiridas. Esta experiencia es, para empezar, completamente dispersa y es el retorno de la misma - a través del hambre, de la comida, de los objetos - que permite la constitución de la noción del tiempo. Si inicialmente el tiempo es discontinuo, será la *repetición* del mismo y no la *durabilidad*, lo que va a constituir la experiencia originaria.

recuerdos. Pero, para apoyar ésta afirmación de una manera más convincente, utilizaremos textos accesibles públicamente y en particular, el libro de G. Perec, *W. ou le souvenir d'enfance* (1975). Como señala P. Lejeune (1991: 67), de quien hemos tomado prestado la mayor parte de los análisis expuestos a continuación, el autor se emancipa de las formas convencionales del relato de infancia, instituyendo una composición que alterna dos series de breves capítulos impresos utilizando distintas tipografías. En una de las series narra unos recuerdos, en la otra, describe una sociedad ficticia cuyo carácter totalitario se va revelando progresivamente, pasando del relato minucioso de una competición deportista – narrado en un estilo objetivista –, a la descripción de una colonia penitenciaria que evoca los campos de concentración nazis, lugar donde probablemente, murió la madre de Perec. La composición fuerza al lector a imaginar esta verdad, lo insoportable, “este lugar de donde la alternancia de las dos series alcanza su pleno significado” (Lejeune, 1991: 70): la salida de la estación de Lyon en 1942. “De mi madre, el único recuerdo que me queda es del día que me llevó a la estación de Lyon desde donde partí hacia Villars-de-Lans con un convoy de la Cruz Roja” (Perec, 1993: 41). La escena de la partida es, a la vez, el centro de gravedad del libro y el recuerdo perdido en la biografía del autor. A diferencia de la serie ficticia, los capítulos dedicados a los recuerdos se dan como un conjunto disperso. “La parte entera de los recuerdos de infancia parece escrita para ir a contracorriente del horizonte de expectativas del género “recuerdo de infancia”, cuya discontinuidad narrativa “es generalmente compensada por la construcción temática y los placeres de la escritura” (Lejeune, 1991: 67). Esta escritura fragmentada evoca la hipótesis de una memoria espacial hecha de recuerdos desprovistos de cronología y que analizaremos posteriormente. El esfuerzo obstinado del autor para acceder a la realidad de lo que sucedió en el andén de la estación desemboca a un vacío insondable. La configuración misma del texto obliga al lector a vivir una experiencia dolorosa, enigmática; al punto de sentirse a menudo tentado, a infringir la norma según la cual se deben leer los capítulos de la obra en el orden de edición, siguiendo por separado cada serie. La experiencia producida por este tipo de lectura parece un eco atenuado del acontecimiento trágico, real, pero inaccesible. “Leer *W. ou le souvenir d'enfance* resulta una verdadera tortura. Es una máquina en la cual el lector está obligado a colaborar para

poder acceder a lo insoportable, a esta verdad no dicha pero de la que tiene que hacerse responsable” (Lejeune, 1991: 61).

En efecto, ¿cómo transmitir algo de aquella experiencia única, de un acontecimiento biográfico de mayor importancia que no se puede sujetar a unos recuerdos concretos que puedan darle cuerpo? La morfología del texto se apoya sobre una inversión del enfoque dualista clásico, donde el relato de un acontecimiento significativo consiste en reunir una descripción “objetiva” de los hechos (datos de contexto, testimonios, etc.) y la expresión de la manera en la que la persona lo vivió a partir de los recuerdos fragmentarios que ha guardado (vertiente subjetiva). Perec adopta un esquema exactamente inverso, conservando el dualismo. Son sus propios recuerdos los que son objeto de una investigación “objetiva” y no el punto de partida de una reconstrucción. La restitución del contexto es tratado como una ficción; ficción que, sin embargo, se percibe como una evocación de la realidad de los campos de concentración. Pero si como hemos dicho, Perec invierte el esquema clásico, respeta la idea que encontraremos claramente presentada, tematizada por Ricœur en su libro *“La memoria, la historia, el olvido”* (2000): los recuerdos son pensados como imágenes que se presentan de manera fragmentada. En esta obra, Ricœur nos lleva desde la memoria individual hasta la Historia, pasando por la memoria colectiva. La experiencia individual no es capturada como una historia, con sus eventos significativos; la memoria se concibe como una constelación de recuerdos donde el tiempo no se introduce sino de manera secundaria y desde el exterior gracias al trabajo del historiador. Ricœur habla de “la historia de los historiadores y de la memoria de la gente ordinaria” (Ricœur, 2000: 463). En este espacio de la memoria, los “recuerdos” no parecen ni ordenados cronológicamente ni jerarquizados en función de su importancia.

Según Ricœur, la adherencia entre el acto de auto-designación del sujeto y la visión objetiva de su experiencia no es nunca tan fuerte como en el recuerdo: “recordando algo, uno se acuerda de sí mismo. (...) Mis recuerdos no son los vuestros” (Ricœur, 2000: 115). Ciertamente. Sin embargo, los acontecimientos biográficos significativos de mi existencia son míos en un sentido diferente. Si puedo hablar de mis recuerdos, no puedo evocar “mis” acontecimientos. A una relación de propiedad, la sustituye un principio de identidad. Como dice Duperey, a propósito del

acontecimiento-catástrofe de su infancia: “¿Es un recuerdo realmente? Forma parte de mí. Yo soy él.” (197) El recuerdo sería, podríamos decir, del orden del tener, el acontecimiento biográfico destacable, del orden del ser. No es que yo sea la suma exacta de todo lo que me ha ocurrido. Al contrario, cada acontecimiento guarda elementos de contingencia irreductible que me reenvía a la alteridad que hay en mí, y por eso – aquí reside una de sus numerosas paradojas – es a la vez “yo” y es extraño a mí. Se podría decir que el relato biográfico aparece como un esfuerzo, siempre sin concluir, para transformar estos acontecimientos significantes en recuerdos: la emoción que acompaña muchas veces el relato expresa hasta qué punto ellos participan todavía de la experiencia viva. La morfología narrativa de *W. ou le souvenir d'enfance* demuestra no sólo la imposibilidad de reducir el acontecimiento a un simple conglomerado de recuerdos, sino, la existencia de eventos de los cuales su carácter conmovedor es reforzado, precisamente, por la ausencia de recuerdos.

La tesis de Ricœur sobre los recuerdos es inseparable de la concepción aristotélica de la rememoración. Al considerar de la misma manera los recuerdos, aquellos biográficos y los acontecimientos mayores de una vida – una suerte de pragmática de la memoria – se está obligando a apoyarse sobre un concepto de tiempo homogéneo, uniforme y continuo, en el cual se inscribe lo que le llega a uno en la vida; por otro lado, la selección de relatos biográficos muestra, por el contrario, que el tiempo biográfico es a la vez una vuelta atrás y una proyección en el porvenir; un tiempo de pliegues, de superposiciones y de rupturas.

El rodeo teórico consistente en la relectura del texto aristotélico, muestra las consecuencias, en relación a la concepción de la temporalidad biográfica, del hecho de considerar los acontecimientos biográficos como simples recuerdos. En el trabajo de la memoria, se verá que es necesario distinguir, dos operaciones “temporalizantes” que el análisis aristotélico de la memoria adoptada por Ricœur parece ignorar. “La memoria asegura la continuidad temporal de la persona” escribe. “Esta continuidad me permite remontar sin rupturas del presente vivido a los acontecimientos más lejanos de mi infancia. Por un lado, los recuerdos se distribuyen y se organizan en niveles de significación, en archipiélagos, eventualmente separados por abismos³², del otro, en la

³² Es el autor de este artículo quien lo subraya.

memoria permanece la capacidad de retroceder en el tiempo sin que nada, en principio, prohíba que se prosiga este movimiento sin solución de continuidad” (2000: 116). El recuerdo se piensa, después de Husserl, según una fenomenología de la *presentificación*. “Se evoca un recuerdo, surge, vuelve, reconocemos en seguida la cosa, el acontecimiento, la persona, y exclamamos: “¡Es ella! ¡Es él!”” (Ricœur, 2000: 652). Es la noción de continuidad la que sostiene la ambigüedad. En efecto, podríamos pensar que se trata de esta noción de continuidad del eje del tiempo que cada uno considera como intuitiva; sin embargo, no es éste el único significado otorgada por Ricœur al término. “Queda que este factor de distinción entre los momentos del pasado recordado no eche por tierra ninguno de los caracteres mayores de la relación entre el pasado recordado y el presente, a saber, la continuidad temporal y lo mío del recuerdo³³.” (Ricœur, 2000: 116). La continuidad temporal califica bien aquí la relación entre el presente y los recuerdos.

Ricœur se inspira mucho en el texto aristotélico, *De la memoria y de la reminiscencia*, al describir lo que se podría llamar la pragmática de la memoria. Aristóteles divide el trabajo de la memoria en dos etapas. El primero está consagrado a la búsqueda de los recuerdos. Entender la naturaleza del recuerdo obliga a pasar por la imagen. “Hay que suponer que la imagen pintada en nosotros es algo que existe para sí y que ésta sea también la representación de otra cosa. En consecuencia, en la medida en que se considera esta imagen por sí misma, es una representación o una imagen, pero en la medida en que es relativa a otro objeto, es como una copia o un recuerdo” (Aristóteles, 1965: 56). Alcanzar, recuperar un recuerdo es el resultado de un movimiento. “A menudo, uno se encuentra en la imposibilidad de acordarse, pero, buscando, finalmente uno es capaz de realizarlo y uno encuentra. Esto ocurre a quien remueve muchas cuestiones hasta llegar a un momento tal que el objeto buscado aparece” (Aristóteles, 1965: 59). La naturaleza misma de los recuerdos puede facilitar este movimiento³⁴.

³³ Es el autor de este artículo quien lo subraya.

³⁴ El movimiento es tanto más fácil cuando los objetos son tomados en las relaciones que les dan sentido. Esto es evidentemente, el caso de las matemáticas, donde los vínculos son necesariamente lógicos, pero también en el caso de la poesía, en la que las reglas de versificación juegan un rol similar. Estas relaciones son mínimas en los casos de los nombres propios que uno olvida más fácilmente.

Hacer acto de reminiscencia es poseer esta facultad motriz que requiere, la mayor parte de las veces, “volver al origen”. Es por ello que, según parece, a veces recordamos a partir de lugares comunes. La causa es el hecho que pasamos rápidamente de un punto a otro, por ejemplo, de la leche al blanco, del blanco al aire, del aire a la humedad y, gracias a esta última idea, uno se acuerda del otoño, estación que estamos buscando (Aristóteles, 1965: 59).

El primer momento de la rememoración es pues, una circulación entre nociones cuyo recorrido relaciona el recuerdo con el presente. El segundo momento de esta primera operación “temporalizante” de la memoria, cuando la naturaleza del recuerdo lo permite, consiste en “localizar” el recuerdo en el tiempo. Para Aristóteles, el tiempo se constituye probablemente de la misma manera que otras grandezas: en él mismo, independientemente de todo trabajo de rememoración. En la pragmática de la memoria pensada de esta manera, no es sino en una segunda fase - y únicamente en ciertos casos - que se trata de colocar el recuerdo “en el tiempo”. “(...) Unas veces, uno no se acuerda de las cosas de una manera precisa, por ejemplo, que hizo tal cosa hace tres días, otras veces, en cambio, se acuerda de manera precisa. Pero hay un recuerdo, aunque no tenga fecha³⁵. Se suele decir entonces, que uno se acuerda; sin embargo, no se necesita saber en qué momento los acontecimientos ocurrieron” (Aristóteles, 1965: 61).

La reflexión de Ricœur sobre el trabajo de memoria se apoya en este texto de Aristóteles, lo que le conduce a privilegiar el “movimiento” dentro del espacio memorial que permite reencontrar recuerdos, rememorarlos, convocarlos; movimiento cuya dimensión “temporalizante” resulta ser una conexión entre presente y pasado y a que alude la noción de “continuidad temporal” en el texto de Ricœur.

Sin embargo, las investigaciones biográficas nos impiden “espacializar” así la totalidad de la experiencia. En efecto, confundir las cosas aprendidas (nombre propio, poemas, objetos matemáticos, etc.) y la experiencia biográfica, oculta la especificidad de su configuración, en donde el trabajo de memoria consiste no tanto en acordarse de los acontecimientos significativos, los “giros de la existencia”, sino en poner en relación estos acontecimientos, muchas veces con una intención comprensiva o explicativa. En el relato de un fragmento de su existencia, una persona establece redes de relaciones entre los acontecimientos que comenta y analiza. Esta actividad razonada no se reduce a una simple asociación de ideas como la que hace que uno pueda pasar de la leche al color blanco como en el ejemplo de Aristóteles. Esta segunda operación de

³⁵ Es el autor de este artículo quien lo subraya.

“temporalización” de la memoria establece lazos entre pasado y pasado... Cuando estos acontecimientos no permiten la elaboración de un relato apropiado, la relación a los tiempos socialmente organizados puede resultar comprometida. Si bien la idea comúnmente aceptada según la cual acontecimientos y recuerdos vienen a inscribirse en un tiempo predefinido, lineal y continuo, es necesario sustituir esta concepción por el opuesto: son los acontecimientos significativos los que constituyendo un calendario discreto (en el sentido matemático del término), forman la matriz temporal capaz de albergar los recuerdos. Esta matriz discreta permite, después, pensar un concepto abstracto de tiempo continuo.

Los acontecimientos biográficos destacables no se “temporalizan” en la única relación “vertical” entre el presente y el pasado, sino también en el juego complejo de relaciones “horizontales” – los pliegues del tiempo – que impiden reducir aquellos acontecimientos a una simple constelación de recuerdos. De forma que resulta en una dualidad irreductible del acontecimiento biográfico, que obliga a pensarlo como un momento lleno de recuerdos que aseguran el anclaje en la realidad de “aquello que ha pasado realmente” y a la vez, como una ruptura, un vacío. Los recuerdos no agotan el significado del acontecimiento. Puede ser incluso que un acontecimiento biográfico mayor sea identificado por la falta de recuerdos: el texto de Péricles lo atestigua. Además, el acontecimiento biográfico significativo que decide el rumbo que va a tomar un período de vida, contrariamente al recuerdo que se inscribe en el tiempo, constituye el tiempo y a la vez está constituido por él. El acontecimiento biográfico es constitutivo de lo que soy. Lo que Dupuy expresa perfectamente; el acontecimiento trágico que enlutó su infancia, incluso cuando éste se gravó en su memoria con todos los detalles – “de manera muy precisa en mí, con los sonidos, los olores, las palabras, como si estuviera ahí todavía” – (Dupuy, 1992: 197) no parece ser constituido de tal manera que pueda referirse a él como a un recuerdo.

Se me olvidó todo lo demás, ahogada toda mi infancia, pero guardo aquella mañana a flor de memoria, (...) Es el recuerdo de mi vida. Ninguna necesidad de convocarlo, de buscarlo, inútil también querer aniquilarlo, tengo las imágenes delante de los ojos, vienen solas. (...) No es un recuerdo como los otros, que con el paso de los años se adornan o se deforman, tomados desde un ángulo y luego otro, percibidos distintamente bajo otros colores a medida que transcurren los años de la vida. El mío es inmutable. Él es de una vez por todas. Además, ¿es que es realmente un recuerdo? Es parte de mí. Yo soy él.

No podemos decir que “poseemos acontecimientos”. Se siente la misma perplejidad que F. Pessoa cuando escribió: “*Presencio mi vida*”.

VI. 2. Calendarios privados y tiempo discreto

El acontecimiento relatado por Duperey, y que hubiéramos podido calificar de catástrofe biográfica después de leer el primer libro, se inscribe finalmente en un relato apropiable, otorgándole así una forma *acabada* donde se posibilita la inauguración de un luto. Al contrario, los acontecimientos incestuosos, muchas veces dramáticos, difícilmente parecen encontrar un verdadero sosiego. Como otros acontecimientos traumáticos, quedan “inacabables”. Un giro de la existencia es en el fondo, un acontecimiento respecto al cual se pudo “dar vuelta la página”.

Los acontecimientos-catástrofes (o providenciales), lejos de señalar una fecha, de estructurar la biografía, la forman en su globalidad, irrigando la biografía entera, mientras que los “giros de la existencia” señalan una fecha, marcan el tiempo: la *sanción* introduce la irreversibilidad y la discontinuidad. Las catástrofes no dejan nunca de ser reexaminadas o, al contrario, se enquistan en la memoria: quedan sin sancionar mientras que, en cambio, los giros terminan por inscribirse en un relato que estabiliza su significado, un sentido viable que pone fin, al menos temporalmente, a su movimiento a la deriva.

La función “temporalizante” del acontecimiento no consiste tanto en marcar una fecha en un calendario preexistente como en constituir él mismo este calendario. Los “giros” no se inscriben solamente en el tiempo, sino que se constituyen en el mismo movimiento. Al crear un desorden, el acontecimiento da que pensar, obliga a producir representaciones, y con ello, crea una fecha precisa. La operación de localización sobre el tiempo que transcurre, se acompaña de un proceso más estructurado de producción de un tiempo “discreto”: a la vez que el acontecimiento modifica el contenido de la experiencia, proporciona herramientas o modelos para organizar el campo de experiencia y pensar el tiempo. Es pues, marcador y matriz a la vez. Mientras que dan a pensar, los acontecimientos forman un *calendario privado*, un tiempo de acogida donde

se inscribe lo que ocurre³⁶. El *tempo* biográfico en tanto que forma³⁷, como escansión, anuncia la temporalidad de lo que va a venir. “El tiempo supone una mirada sobre el tiempo” (1945: 470) escribe Merleau-Ponty: ambos se construyen conjuntamente. Por otra parte, tener una “mirada sobre el tiempo” supone también aquella experiencia fundamental y específica del tiempo resultante de domesticar el desorden del acontecimiento a través del relato.

Esta doble función del acontecimiento -modificar la experiencia y marcar el tiempo por un lado, y participar en la constitución de un nuevo esquema *discreto* para pensar el tiempo por el otro- escapa a un análisis estrictamente secuencial del relato, pero en cambio, aparece de manera bastante clara cuando uno coteja el relato con las “líneas de vida” que los narradores trazan al final de las entrevistas (Leclerc-Olive, 1995). Esta dimensión estructuradora se revela precisamente cuando se ve atrapada, cuando no se logra domesticar el desorden afectivo y simbólico del acontecimiento, cuando lo que sobrevino es traumático al punto de comprometer la posibilidad misma de recoger el tiempo de la experiencia. Para poder continuar adelante, hay que poder dar vuelta una página³⁸. Los giros de la existencia, porque sus sanciones son apropiables, participan en la formación de un calendario, un tiempo discreto, de un *tempo*, permiten a la vez “acordarse y olvidarse”. Pero este “producto” de la experiencia no acompaña al acontecimiento de forma inmediata. Se constituye después, en la producción del significado y en el transcurso de las interacciones con el Otro. Producir este tiempo

³⁶ Sobre este tema, ver los trabajos de H. Sacks acerca de los calendarios privados (Petit, 1992).

³⁷ O mejor, como forma « derivada », una forma que se exime del aprendizaje del nivel II de Bateson: “El cambio implica un proceso. Pero los procesos mismos están expuestos al cambio: Pueden acelerarse, ralentizarse o sufrir otros tipos de cambio, haciéndonos decir, entonces, que se trata de un proceso diferente”. (Bateson, 1977: 257).

³⁸ En su segunda obra, A. Duperey relata un sueño en el que aparece su madre y comentándolo seguidamente de la siguiente manera: “Desde entonces, comprendí una cosa a la que nunca antes había prestado atención: olvido todas las fechas y no anoto ninguna. Después de la fecha de la muerte de mis padres, y habiéndola por supuesto borrado de mi memoria, ninguna otra llegaba a ser grabada en mí (...). De hecho, no había nada de *significativo*, nada a remarcar en esta larga cinta del tiempo a vivir entre el día en el que ellos desaparecieron y aquel en el que me reuniera con ellos. Nada para inscribir en mi memoria... Empecé a recuperarme, a retomar las fechas de mi tiempo vivido hasta ese momento sin encontrar verdaderas referencias. Y comencé este libro con una primera fecha memorial para mí, como si fuese importante plantearse eso antes que nada: “Terminé de escribir el 15 de septiembre de 1991.” (Duperey, 1993: 59-60) Afirmar que los acontecimientos-catástrofes se encuentran en el origen de profundas perturbaciones en relación al tiempo no es algo nuevo. (Maldiney, 1991). Se trata precisamente para nosotros de esclarecer los procesos sociales sustentados en estas estructuraciones/desestructuraciones del tiempo.

discreto no se reduce únicamente a lo que Piaget llama “comprender el tiempo” y que él identifica a la capacidad narrativa (Leclerc-Olive, 1995)³⁹.

Este tiempo discreto ha sido coproducido bajo el mandato de la realidad y de las necesidades de la acción. En cambio, el tiempo por sí mismo es una condición del proyecto al ser un “esquema para aprender” -como diría Bateson, una matriz de recepción para los acontecimientos futuros -. Husserl (1917) distingue dos relaciones al futuro. “La relación con el futuro que podemos llamar *proyecto* y que plantea el futuro en tanto que futuro, es decir en tanto que *posible* pudiendo o no llegar a acontecer realmente, y otra relación con el futuro opuesta a ésta que podemos llamar *protensión* o anticipación pre-perceptiva: la relación con un futuro que no es, con un futuro que es, de hecho, casi un presente” (Bourdieu, 1994: 155). El futuro bourdesiano, ligado a la continuidad del *habitus*, atañe principalmente a lo que la fenomenología llama *protensión*, la práctica que lleva con ella como en un gesto, lo que ya había sido iniciado.

Lejos de ser una condición *a priori* de la historicidad, el tiempo es lo que la actividad práctica origina en el acto mismo de producirse. Porque es el producto de la incorporación de las regularidades y de las tendencias inmanentes del mundo, el *habitus* encierra la anticipación en el estado práctico de estas tendencias y de estas regularidades, es decir, la referencia no conscientemente reflexionada a un futuro inscrito en el presente inmediato. El tiempo se engendra en el pasaje al acto o al pensamiento, que es por definición la “presentificación” o la “despresentificación”; dicho en otros términos es el “pasaje” del tiempo (Bourdieu, 1994: 155).

En esta concepción del tiempo como dimensión inmanente de la práctica, el tiempo continuo de la *protensión* es el primero. Para pensar el futuro como aleatorio, como *lo posible* que podría no ocurrir, hace falta entonces el recurso de un tiempo *discontinuo*, *discreto*. Los trabajos de R. Dulong ilustran esta constitución del futuro (Dulong, 1993). Dulong prosigue los análisis de R. Duval, quien subraya que los acontecimientos futuros dependen de dos dimensiones formalmente distintas como son el alejamiento en el tiempo y la modalidad de ser: el “no todavía” y el “será presente” corresponden efectivamente a dos dimensiones diferentes e independientes - la modal, referente a lo

³⁹ La capacidad narrativa definida por Piaget no es exactamente la misma que define E. Gülich “Comprender el tiempo es liberarse del presente: no sólo anticipar el avenir en función de las regularidades inconscientemente establecidas en el pasado, sino desplegar una serie de estados en los que ninguno es parecido a los otros. (...) Comprender el tiempo es trascender el espacio gracias a un esfuerzo móvil: es esencialmente hacer acto de reversibilidad. Seguir el tiempo, según el curso irreversible de los acontecimientos, no es comprenderlo, sino vivirlo sin hacerlo conciencia. Conocerlo, es al contrario, subirlo o descenderlo sobrepasando continuamente el desarrollo real de los acontecimientos.” (Traducción propia, Piaget, 1973: 274).

contingente y la extensional referente a la duración - (Duval, 1990: 228-31). Es importante retener aquí la idea de que un pensamiento referente al porvenir en los términos de *protensión*, de presente continuo, puede ser secundario en relación a un pensamiento del futuro en términos de proyecto (Leclerc-Olive y Engrand, 2000) inscrito en un tiempo discreto y que requiere, para que sea dicho, los juegos del lenguaje de lo aleatorio y de lo posible.

Consideraciones finales

La ausencia de referentes temporales ligadas a las catástrofes o a lo que, algunas veces, recibe el nombre de “tiempo en migajas” por relacionarse a personas que se encuentran en una situación frágil, reduce el tiempo del futuro al presente continuo de la *protensión*. Pascale A. madre de cuatro hijos, se ha casado dos veces. Bajo la tutela de varias asistentes sociales, depende de la ayuda pública. En nuestros encuentros pude percibir indicios de su salud endeble a causa de un consumo excesivo de alcohol. Pascale A. ve su futuro “*día a día. Así, estoy segura de salir adelante. Al menos no miro hacia el futuro, y tampoco hacia el pasado. Los he eliminado*”. Quiere olvidar experiencias dolorosas, pero al mismo tiempo piensa que “*de todos modos, cuanto más se mira al futuro, menos se sale adelante. Vivo el día a día....*” El tiempo discreto de la biografía, este calendario privado ligado a la configuración narrativa de la pareja (biografía/acontecimientos) aparece como un esquema transitivo fundamental entre el campo de la experiencia y el horizonte de expectativas, condición de un futuro más allá del presente continuo. Este tiempo discreto de la biografía no deriva de un tiempo continuo que nos ha sido dado desde siempre, por “añadidura” secundaria de una calidad suplementaria, tal cual sucede con la irreversibilidad en física (Lévy-Leblond, 1996). La continuidad es ya en el fondo, una morfología. Éste sería, por el contrario, el tiempo discreto, inmanente a la “puesta en trama” de la experiencia, activado por la emergencia de un acontecimiento significativo que de un lado, permite producir y concebir el tiempo continuo (tiempo de la estabilidad) y del otro, juega el rol de un *calendario de acogida* donde inscribir los acontecimientos menores.

Este tiempo discreto que está a la vez sometido a la *sanción* y al tiempo del proyecto, es una condición de posibilidad de la representación del futuro como aleatorio – y no como indiferenciado – que hace posible una elección, una decisión. El trabajo retrospectivo sobre lo que ha sido pero que hubiera podido no ser, esta experiencia de lo aleatorio a través del acontecimiento que sorprende, constituiría al mismo tiempo, las herramientas para orientarse en situaciones de incertidumbre.

Bibliografía

Apfelbaum E. (1989), “Pourquoi maintenant?” en *Psychisme et histoire, Technologies, Idéologies, Pratiques*, volume VIII n°1 à 4, Publication de l’Université de Provence.

Aristóteles (1965), *Petits traités d’histoire naturelle*. Paris, Les belles Lettres.

Bateson G. (1977), *Vers une écologie de l’esprit I*. Paris, Seuil.

Bergson, H. (1938), *La pensée et le mouvant*. Paris, PUF.

Bertaux, D. (2005), *L’enquête et ses méthodes : le récit de vie*. Paris, A. Colin.

Bourdieu, P. (1994), “Entretien sur la pratique, le temps et l’histoire” en *Raisons pratiques*. Paris, Seuil.

Davoine, F. Gaudillière, J.M. (2006), *Histoire et trauma. La folie des guerres*. Paris, Stock.

De Certeau, Michel (1987), *Histoire et Psychanalyse entre science et fiction*. Paris, Gallimard.

Denis, J. (2006), (Coord.) *Performativité, relectures et usages d’une notion frontière, Études de communication*, n° 29.

Doubrovsky, S. (1989), *Le livre brisé*. Paris, Grasset.

Dubet, F. (1990), "Action et autoréflexion", en Pharo P. et Quéré L. (dir) *Les formes de l'action. Raisons pratiques n°1*. Paris, Éditions de l'EHESS.

Dulong, R. (1993), "La constitution du futur dans le présent des interactions" en *La théorie de l'action. Le sujet pratique en débat*. Coordinado por Ladrière P., Pharo P. y Quéré L. Paris, CNRS Editions.

Duperey, A. (1992), *Le voile noir*. Paris, Seuil.

- (1993), *Je vous écris*. Paris, Seuil.

Duval, R. (1990), *Temps et vigilance*. Paris, Vrin.

Ferenczi, S. (1968), *Journal clinique*. Paris, Payot.

Ferry, J. M. (1991), *Les puissances de l'expérience*. Paris, Éditions du Cerf.

Goffman, E. (1974), *Les rites d'interaction*. Paris, Éditions de Minuit.

Green, A. (1991), "Méconnaissance de l'inconscient", en Dorey R. (dir), *L'inconscient et la science*. Paris, Bordas.

Husserl, E. (1959), *Fenomenología de la conciencia del tiempo inmanente*. Buenos Aires, Nova. (1ª Edición 1917)

- (2007), *De la réduction phénoménologique. Textes posthumes (1926 – 1935)*. Grenoble, J. Millon Eds.

Hughes Everett, C. (1984), *The Sociological Eye: Selected Papers*. New Jersey, Transaction Publishers

Leclerc-Olive, M. (1995a) « Lignes de vie ». Nanterre, RITM.

- (1995b) « La quête d'identité comme fiction structurante ». Paris, *Revue Internationale de Psychosociologie*, vol II, n°2.

- (1997a), *Le dire de l'événement (biographique)*. Lille, Presse du Septentrion.

- (1997b) « Jeunes d'origine maghrébine : frustration et reconnaissance ». Poitiers, *Revue Européenne des Migrations Internationales*, Vol. 13, n° 2.
- (1998a) « Les figures du temps biographique ». Paris, *Les cahiers internationaux de Sociologie*, n°104.
- (1998b) « Les comptes rendus du devenir », dans M. Leclerc-Olive (coord), *Temps et contretemps*. Lille, CLÉS.
- (1999) « L'armature narrative des biographies », Lille, *Spirale n°24*, IUFM.
- (2003) « Temporalités biographiques : lignes et nœuds », Saint Quentin en Yvelines, *Temporalistes n° 44*, « Entre mémoire et expérience : le passé qui insiste », dans *Projet n° 273*, 2003
- (2008) « Des événements en souffrance : de Mead à Benjamin. Quelques considérations épistémologiques » en P. Simay (dir) *Walter Benjamin. La tradition des vaincus*. Paris, L'Herne.

Leclerc-Olive, M. et Engrand, S. (2000), « Sortir de la précarité de l'emploi : entre routine et projet », en Billiard I., Debordeaux D., Lurol M. (Coord.) *Vivre la précarité. Trajectoires et projets de vie*. Paris, Editions de l'Aube.

Lejeune, P. (1991), *La mémoire et l'oubli, George Perec autobiographe*. Paris, P. O. L.

Lévy-Leblond, J.M. (1996), « Quel temps fait-on ? » en É. Klein et M. Spiro (Dir.), *Le temps et sa flèche*. Paris, Flammarion.

Maldiney, H. (1991), *L'Homme et la Folie*. Grenoble, Millon.

Merleau-Ponty, M. (1945), *Phénoménologie de la perception*. Paris, Gallimard.

Passeron, J.C. (1991), *Le raisonnement sociologique: un espace non poppérien de l'argumentation*. Paris, Albin Michel.

Mead, G. (1932), *The philosophy of the Present*. Chicago, Chicago University Press.

- (2008), *La filosofía del presente*, traducción de Sánchez de la Yncera, Ignacio. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

Perec, G. (1993), *W.ou le souvenir d'enfance*. Paris, Gallimard.

Petit, J.L. (1992), "La constitution de l'événement social" en Petit J. L. *L'événement en perspective, Raisons Pratiques* n°2. Paris, Éditions de l'EHESS.

Piaget, J. (1973), *Le développement de la notion de temps chez l'enfant*, Paris, PUF.

Pontalis, J.B. (1997), *Ce temps qui ne passe pas*. Paris, Gallimard.

Ricœur, P. (1991) "Événement et sens", en Petit J. L. *L'événement en perspective, Raisons Pratiques* n°2. Paris, Éditions de l'EHESS.

- (1995), *Tiempo y narración*. México, Siglo XXI.

- (2000), *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. Paris, Seuil.

Safouan, M. (1988), *Le transfert et le désir de l'analyste*. Paris, Seuil.

Strauss, A. (1992), *La trame de la négociation. Sociologie qualitative et interactionisme*. Paris, L'Harmattan.

Watzlawick, P., Helmick, J., Jackson, D. (1972), *Une logique de la communication*. Paris, Seuil.